

PELEGRIN

Deje usted el detalle y vamos al total.

DONATO

Cuatrocientas setenta y ocho pesetas con diez y siete céntimos. (Saca del bolsillo un paquetito de billetes y bastante plata en duros y pesetas, y lo pone sobre la mesa.)

PELEGRIN

(Extendiendo el dinero.) Venga, venga.

BELÉN

A mí, á mí, que tengo que tapar muchos agujeros: la casa... la tienda... el zapatero...

ESCENA V

LOS MISMOS.—SALOMÓN

SALOMÓN

(Entrando.) Ya tengo aquí mis maletas.

BELÉN

Pues venga usted á tomar posesión de su gabinete.

SALOMÓN

No tengo prisa. (Observando atentamente la mesa donde Pelegrín reparte su dinero.) Bien, amigo Pelegrín, parece que estamos ricos.

PELEGRIN

La pobreza tiene también sus horas de júbilo. Donato me ha traído el importe de esta cuentecita.

BELÉN

Y apenas cobrada, tenemos que ir dando á éste y al otro.

SALOMÓN

¿Quiere usted oír una sentencia, que debe observar al pie de la letra?

PELEGRIN

Como sentencia de Salomón, debe ser la propia sabiduría.

SALOMÓN

(En tono enfático.) Pues allá va: «Cobra y no pagues, que somos mortales.»

BELÉN

A este infeliz marido mío no le venga us-

ted con proverbios salomónicos, porque él los vuelve del revés y dice: Yo pago y me muero de hambre.

DONATO

Pelegrín es tan dadivoso, que le molesta el peso de su dinero en el bolsillo.

SALOMÓN

No hay que ser así, amigo Pelegrín; no dé usted aire al dinero; abríguelo, acarícielo; sea usted allegador; no le importe que le llamen roñoso. Del rico es la esplendidez; del pobre la tacañería.

ESCENA VI

LOS MISMOS.—NATALIA, entrando por la izquierda.

NATALIA

(Gozosa, mira el dinero que está sobre la mesa.)
A tiempo llego; vengo por la parte que me toca.

BELÉN

(Presentando á Salomón.) Mi hija Natalia.

SALOMÓN

Ya la he reconocido.

NATALIA

Mi hermanita me ha dicho que estaba usted aquí y que le tenemos de huésped.

SALOMÓN

Así es. Mucho gusto tengo en ver á usted, Natalia. Recuerdo que usted se casó unos días antes de irme yo á América.

NATALIA

Es verdad.

SALOMÓN

¿Y vive usted con sus padres?

NATALIA

No, señor; vivo con mi marido y mis dos hijitos, en el segundo interior de esta misma casa.

SALOMÓN

Luego tendré el gusto de saludar á su marido. Y ahora, doña Belén, lléveme usted á mi gabinete, que quiero mudarme de ropa.

BELÉN

Venga. (Vase con Salomón.)

ESCENA VII

PELEGRÍN, DONATO, NATALIA; luego BELÉN y CRUCITA.

NATALIA

¿Y de veras os conviene este hombre para huésped?

PELEGRÍN

Yo creo que sí.

NATALIA

¿Habéis ajustado lo que os ha de dar?

DONATO

Por de pronto, Pelegrín, le ha dado á usted un buen consejo. Que no sea dadivoso, que guarde su dinero; que no mire tanto por los demás; que mire por usted, que es el número uno.

PELEGRÍN

Ya estoy enterado. Cada uno es como Dios lo ha hecho.

DONATO

Y volviendo á mi primo Salomón, les diré que, á mi parecer, ha venido á Madrid con

una misión misteriosa. En algún periódico he leído que en Buenos Aires robaron un collar de perlas de muchísimo valor.

NATALIA

¿Collar de perlas? ¡Qué bonito sería!

DONATO

Y que se sospechaba que el ladrón era un español, que embarcó para la Península en no sé qué fecha.

PELEGRÍN

Con eso nada tenemos que ver nosotros.

BELÉN

(Entrando.) Allá queda en su gabinete lavándose la cara.

NATALIA

Ya estamos solos. A ver, papá, qué es lo que me vas á dar.

PELEGRÍN

¿Cuánto necesitas?

NATALIA

Por de pronto, seis duros.

BELÉN

Poco á poco. Antes hay que atender á otras obligaciones.

NATALIA

Todas esas obligaciones tengo yo, y además médico y botica.

DONATO

¿Pero no está ya bien su marido?

NATALIA

Está convaleciente de la tifoidea que le tuvo á la muerte, y tengo que darle tónicos, reconstituyentes...

PELEGRÍN

Sí, hija mía, sí; necesitas asegurar la salud de Alfredito, para que pueda continuar sus estudios y acabar su carrera.

NATALIA

Lo que te pido, papá, es para medicinas, que de la cuestión de libros y estudios luego hablaremos.

BELÉN

Pide por esa boca, que aquí estamos en la opulencia para costear carreras dispendiosas á señoritos que mejor estarían trabajando en un oficio.

NATALIA

Pero, mamá, ya sabes que á mi Alfredo sólo le falta un año para terminar la carrera de ayudante de Obras públicas, y que no pierde el tiempo. Se pasa el día dibujando.

BELÉN

Es un gran dibujante; ya lo sabemos.

NATALIA

¡Si vieran ustedes los planos que ha hecho de casas baratas, palacios y catedrales, se quedarían turulatos!

PELEGRIN

De los estudios de Alfredo hablaremos. Confío en que Dios ha de darnos para todo. Por de pronto, hija, te daré los ocho duros que me has pedido. (Con ademán de coger el dinero.)

BELÉN

(Jocosa, cortándole el movimiento.) ¡Eh, eh, cuidado! Ella no te ha pedido más que seis, y le das ocho. (Entra Crucita.)

CRUCITA

Mamá, ¿me das para la compra?

BELÉN

Antes vete á dar una vuelta por la casa á ver qué hace ese caballero del gabinete.

CRUCITA

El señor Salomón fué á la cocina y destapó los pucheros, y mirando lo que había, dijo: «¡Qué buen trato se da esta gente!» Luego entró en la despensa, y viendo dos botellas de vino, una llena y otra vacía, dijo: «Este vino es muy caro.» Luego miró el jamón y un pedazo de queso, y dijo: «¡Qué lujo gastáis, niña!» (Imita el acento argentino.)

BELÉN

¿Y á eso llama lujo ese tío? ¡Qué entrometido y qué figón!

PELEGRIN

Salomón es hombre observador, y por lo que nos ha dicho, lleva siempre consigo la economía doméstica.

BELÉN

Silencio, que aquí viene.

ESCENA VIII

LOS MISMOS.—SALOMÓN

SALOMÓN

(En tono autoritario.) Amigo Pelegrín, en el corto tiempo que llevo en su casa, he podido observar que no subordina usted sus dispendios á los ingresos que obtiene con su trabajo.

BELÉN

¿Usted qué sabe?

SALOMÓN

Hace un instante, pasando junto á esa puerta, oí sin querer; oí que usted daba á su hija más dinero del que le había pedido.

PELEGRIN

(Turbado.) Es que... (Todos se miran con asombro.)

NATALIA

Pero, señor Salomón, ¿es usted el que manda en esta casa?

SALOMÓN

Yo no mando; propongo y recomiendo la buena administración.

DONATO

Eso está bien.

SALOMÓN

Señor Pelegrín, si usted no administra bien sus intereses, le espera el descrédito, la ruina.

BELÉN

(Con acrimonia.) Nosotros administramos, sí, señor; y si quiere usted ver un ejemplo de buena administración, oiga: ¿Cuánto nos va á dar por su hospedaje y comida?

SALOMÓN

Así me gusta. Usted me dijo que cuatro pesetas.

NATALIA

Me parece poco.

PELEGRIN

Cállate tú.

SALOMÓN

Cuatro pesetas sin extraordinarios; comeré en familia con ustedes, y si pidiera algún extraordinario, lo pagaré aparte.

PELEGRIN

Aceptado.

DONATO

No hay más que hablar.

BELÉN

Pero como nosotros no tenemos capital, y aquí no hay más ingresos que lo que gana este desdichado marido mío, sírvase usted adelantarnos lo de cada semana.

DONATO

A eso accederás.

SALOMÓN

De muy buena gana; pero como yo vea en esta casa despilfarros, lujos impropios de

su pobreza, prodigalidades, excesos de caridad mal entendida..., etc..., etc..., me marcho, y alquilen ustedes su gabinete á un perulario que les coma un codo y se escape sin pagar. Hoy pagaré la primera semana adelantada; pero me dará usted el recibo de la cantidad que les entrego.

PELEGRIN

Muy bien.

SALOMÓN

Apunte usted en un cuaderno las cantidades que da y que recibe.

BELÉN

Bueno, bueno.

SALOMÓN

Y además, lleve usted cuenta exacta de lo que cobra por sus trabajos de grabador.

DONATO

Esa cuenta la llevo yo.

NATALIA

(Burlándose.) Adelante con los requilorios.

SALOMON

Donde no hay economía, orden, exactitud

y escrupulosa inspección de los ingresos y egresos, como decimos en América, sobreviene sin remedio la ruina. Doña Belén: póngame el recibo del adelanto semanal, y añada una peseta.

NATALIA

¿De propina?

SALOMON

Esa peseta que doy de más, es el estipendio por una licencia que he de tomarme, si ustedes lo consienten.

BELÉN

¿Qué?

SALOMON

Que no estaré limitado al estrecho recinto del gabinete, sino que podré recorrer libremente toda la casa, incluso las habitaciones en que ustedes guardan baúles, trastos viejos..., etc..., etc...

PELEGRIN

Como aquí no hay secretos, registre usted todo lo que quiera.

BELÉN

Venga usted, señor Salomón, y le enseña-

ré lo que aún no ha visto de esta pobre vivienda.

SALOMON

Vamos allá. (Vanse Salomón y Belén por la derecha.)

ESCENA IX

PELEGRÍN, DONATO, NATALIA, CRUCITA

PELEGRIN

Donato, ¿qué piensa usted de su primo Salomón?

DONATO

Que es hombre de conciencia muy recta, pero algo extravagante.

NATALIA

En la rectitud de su conciencia no me meto; su extravagancia bien á la vista está; pero hay en este hombre algo más que no entiendo: en todo se mete, todo lo quiere gulusmear.

DONATO

Nadie me quita de la cabeza que mi primo ha venido á Madrid para la busca y captura

del ladrón que en Buenos Aires robó el collar de perlas.

PELEGRIN

¿Y creerá que tenemos nosotros el collar?

NATALIA

Como no sea la ristra de ajos que está en la despensa...

CRUCITA

Prepárate, Natalia. Salomón te va á registrar toda tu casa.

NATALIA

Que registre; encontrará un tesoro... en papeletas de empeño.

PELEGRIN

Y usted, Donato, no se escapa de que le registre su joyería.

DONATO

(Caviloso.) En eso estaba pensando. Querrá saber si tengo collares de perlas; si sé de alguna venta que se haya hecho en Madrid.

PELEGRIN

Pues son ustedes primos, interróguele...

NATALIA

Con habilidad, y trate de adivinar sus intenciones.

DONATO

Le interrogaré de una manera capciosa, porque estos detectives son muy sutiles, y cualquiera los coge. (Oyendo cercana la voz de Salomón.)

ESCENA X

LOS MISMOS.—SALOMÓN, BELÉN

SALOMON

(Entrando.) Pero, señora, ¿qué despilfarro es este? ¿Por qué no compra usted las patatas al por mayor? Ya sabe usted que en la Plaza de la Cebada vale un quintal de patatas ocho pesetas, y se economiza usted lo que ha de ganar el tendero.

BELÉN

Pero el porte de la saca me cuesta dos reales.

SALOMON

Pues yo las traeré, que yo sirvo para todo.
(Todos se ríen.)

PELEGRIN

¿Usted haciendo de mozo de cuerda?

SALOMON

Yo tengo que enseñar á ustedes el arte de la vida. Y también les digo que las peladuras de las patatas no se deben tirar á la basura.

NATALIA

Pues qué, ¿nos las vamos á comer nosotros?

SALOMON

Sí; que algo significan las evoluciones de la materia. En ese patio, que para nada sirve, pongan ustedes dos ó tres parejitas de conejos. Yo les enseñaré á construir las conejeras con cuatro ladrillos y cuatro tablas.

TODOS

¡Ah, ya!

SALOMON

Los conejos se comen las mondaduras y desperdicios, y cuando estén gordos se los comen ustedes. Si ponen la conejera, yo añado otra peseta al estipendio semanal.

BELEN

(A Crucita, cogiendo dinero del montón que tiene Pelegrín ante sí.) Toma: trae aceite, jabón y medio kilo de chuletas de ternera.

SALOMON

Si esas chuletas son para mí, no las traigas.

NATALIA

Son para mí, que hoy me llevo á mi padre á casa para que coma con nosotros.

BELEN

Vete, Crucita. (Vase Crucita.)

DONATO

(Levantándose.) Yo me voy; me he entretenido demasiado.

PELEGRIN

Si tiene usted otros encargos para mí, tráigamelos pronto. Esta noche me pongo á trabajar. ¡Ay, qué vida esta! (Sigue hablando con su familia.)

DONATO

(Coge de un brazo á Salomón, y lo lleva hacia la izquierda para hablarle aparte.) Un momento, Pepe. Tengo que hablar contigo.

SALOMON

Cuando quieras.

DONATO

¿Dónde nos veremos?

SALOMON

Aquí; yo no salgo.

DONATO

Ya; tus ocupaciones están aquí.

SALOMON

Aquí, por el momento.

DONATO

Ya, ya. He notado en ti cierto misterio.

SALOMON

Quizás.